



Hay homosexuales¹

EDUARDO LEAL CUNHA²

Vladimir Safatle, alguien a quien ciertamente admiro, usó recientemente su espacio en esta revista para decirnos, enfáticamente, que no hay heterosexuales.

Primero, me gustaría recordar a los lectores y a mi querido Vladimir que los problemas con esta declaración comienzan con el hecho de que puede ser que no haya heterosexuales, pero, curiosamente, sí hay homosexuales. Situación además que intrigó mucho al viejo Freud.

Después de eso, debo reconocer cierta dificultad para responder a sus argumentos, ya que estoy de acuerdo con muchos de ellos.

El problema es que no se trata únicamente de argumentos, y mucho menos de la afirmación de la verdad, que una vez aceptada, nos curará de todas nuestras heridas. No estamos en un ascético debate de ideas. Estamos en un campo en el que las palabras se encarnan, tienen cuerpo, y algunos de estos cuerpos son discriminados o, por el contrario, gozan de privilegios.

Puede ser que no existan heterosexuales, ni blancos. Pero ciertamente homosexuales existen, así como negros y mujeres. Existen y son discriminados desde muy temprano en la escuela, en el trabajo y en las sociedades de formación psicoanalítica, y no me refiero únicamente a la tradicional y conocida por conservadora Asociación Psicoanalítica Internacional.

1 Comentario de Eduardo Leal Cunha al texto «No hay heterosexuales», de Vladimir Safatle.

2 Psicoanalista, doctor en Salud Colectiva (IMS), profesor del Departamento de Psicología de la Universidad Federal de Sergipe e Investigador Asociado en el Departamento de Estudios Psicoanalíticos de la Universidad de París. dudalealc@gmail.com

Por eso me pregunto si el razonamiento de Vladimir en su artículo no se acerca mucho al que ya ha hecho que tantos psicoanalistas afirmen, repetidamente, que no hay blancos ni negros, sino sujetos. Quizás tengan razón y ni siquiera haya relaciones sexuales y todos seamos sujetos, por lo que el color de nuestra piel no importa mucho. Pero ¿en qué espacio sucede esto? Ciertamente, no en las aceras o en las filas de empleo, y quizás ni siquiera en la mayoría de los consultorios de psicoanálisis.

Pienso aquí en otro querido amigo que, como buen lacaniano, no se cansa de repetir que la relación sexual no existe, pero que por alguna razón es incapaz de enunciar otras verdades, que para mí quizá sean circunstancialmente más importantes. Por ejemplo, nunca se refiere a mi novio (o marido, ya que hemos formalizado una unión estable), ni siquiera a mi pareja. Siempre es: «¿Cómo está tu amigo?».

En otro artículo, también reciente, Vladimir admitió que finalmente estaba convencido de que la filosofía es blanca y eurocéntrica. Para muchos es un reconocimiento hecho demasiado tarde y que se hizo sin la necesaria referencia a toda una vasta literatura -artística y reflexiva- que ha tratado de decirnos esto durante al menos cincuenta años, en la que se incluye, por ejemplo, a Frantz Fanon, descubierto solo recientemente por psicoanalistas brasileños. Para mí, ese artículo fue, en todo caso, un importante gesto político e intelectual.

Por lo tanto, me gustaría que, en un segundo movimiento, el filósofo pudiera entender que, a pesar de su deseo y de las pulsiones que lo conectan con objetos contingentes, en el mundo en el que vivimos, Vladimir es ciertamente heterosexual y una prueba viva de que ellos existen. Lo que, por cierto, es atestiguado por muchos, ya que los supuestamente inexistentes heterosexuales pueden salir a la calle de la mano de sus objetos parciales, sin riesgo de sufrir algún tipo de violencia. Yo, no.

Y no se trata, mejor señalarlo, de un tema político que pueda ser pensado separadamente de los procesos de construcción subjetiva, ya que la deslegitimación de las experiencias homoeróticas, que marca nuestra socialización, incide claramente en los procesos de subjetivación y las posibles formas de existir y de relacionarse consigo mismo y con el otro. Por ello, un autor como Didier Eribon se ve llevado a afirmar que el mundo homosexual está constituido por la injuria.

Evidentemente, como toda identidad, la homo y la heterosexualidad nos aprisionan y limitan nuestras posibilidades de existencia. Evidentemente, es necesario y urgente liberarnos de este modelo binario como, efectivamente, de cualquier identidad, pero la emancipación no se producirá afirmando una verdad última que se impondrá como revelación a los ignorantes. En los tiempos de hoy, además, no es bueno creer que «conocerás la verdad, y la verdad te hará libre».

Por lo tanto, me parece que su argumento, aunque pueda ser considerado como verdadero, es insuficiente, pues queda por decir que los heterosexuales no existen y, sin embargo, ellos existen.

Ocupan puestos de poder, son la norma y, en su gran mayoría, incluso hoy, discriminan a aquellos con los que no pueden identificarse, los llamados homosexuales. Este es el punto central del tema. Es necesario afrontar este doble estatuto, en lugar de negarlo, afirmando una verdad mayor, situándola, esta sí, como la vivencia concreta de lo sexual.

Por otro lado, Vladimir parece olvidar que cuando hablamos de homo o heterosexuales, no estamos tratando precisamente de prácticas sexuales, de lo contrario, seguiríamos hablando de sodomía y cosas del estilo. Por lo tanto, no es posible reconocer la fuerza de la heteronormatividad y al mismo tiempo suponer que no existen heterosexuales. Estas dos existencias se determinan y se producen mutuamente, y uno de sus efectos está en el hecho de que si deseamos «objetos que circulan o se fijan entre cuerpos, en cuerpos», estos cuerpos se sitúan jerárquicamente en relación con la heteronorma y terminan por definir límites para los sujetos que los habitan.

Además, para afirmar que no existen heterosexuales, ni tampoco la relación sexual, quizá sea necesario cuestionar también el binarismo de género, lo que no se podría hacer sin cuestionar mínimamente la diferencia sexual y su estatuto de invariante antropológica, hasta mismo porque en el Edipo, tal como es leído en Lacan -o, al menos, en gran parte de su obra y según muchos de sus comentaristas-, elementos como sexuación, identidad de género y elección de objeto se entrelazan en un modelo de constitución subjetiva que corre el riesgo de referirse a un ideal y suponer un desarrollo necesario, en lo que Judith Butler llama la producción de géneros inteligibles.

¿Estamos dispuestos a tanto? ¿Puede nuestra crítica a la heterosexualidad llevarnos a cuestionar el Edipo, el diagnóstico estructural y una antropogénesis que vincula la diferencia sexual y la entrada en el orden simbólico?

En su conclusión, el artículo enuncia un deseo de emancipación, pero creo que las estrategias para tal emancipación no pueden ser decididas generosamente por los heterosexuales (sobre todo si ni siquiera existen). Al fin y al cabo, el desorden en el género que hemos registrado en los últimos años fue obra de personas comprometidas en prácticas sexuales y *performances* de género disidentes. Lo que nos lleva a pensar que si hay algo en la norma cisgenero-heterosexual-patriarco-colonial que oprime a los identificados como heterosexuales (y hombres, blancos, europeos, etc.), ellos o no lo percibieron o estaban relativamente bien acomodados, porque la violencia de la norma parece que solo empezó a molestarles después de que «las gay, las bi, las trave y las lesbi», junto con las feministas, comenzaran a tramar su revuelta y a cuestionar el psicoanálisis y sus cabales enunciados. ♦